



## EL MUDO

Ricardo María Salaverria Olaizola

**A**ctuaban sobre seguro. Debí de parecerles presa fácil por ser persona endeble, floja, incapaz de negarme. Ellos, exitosos productores de programas de tertulia que se vendían a distintas televisiones nacionales, no tardaron en prender sus fuegos de artificio, deslumbrándome, para lograr convencerme.

Aseguraron que mi perfil personal encajaba en sus proyectos de programación multimedia: por la capacidad de endilgar citas literarias y documentales, por mi buen humor e ironía, por la réplica fácil, por estar entrenado en dialéctica y, sobre todo, por mi imagen relativamente apacible. Por todo ello, me contrataron como tertuliano para una cadena. «Un fichaje», según comentaron varios directivos. Ahora me toca reconocer que fue un error por mi parte aceptar tal regalo envenenado. Pero ya es tarde.

Empezamos brillantemente. Algunos tertulianos, imitando a las cadenas de la competencia en las que habían colaborado en otras etapas, imponían la «técnica» de apabullar, que no convencer, a base de gritos desaforados e insultos cruzados con rectificaciones exigidas, eso sí, al instante. Enseguida me percaté de la fórmula usada por los contertulios: cuantas menos ideas, más gritos. La dirección de nuestra tele demostraba con estadísticas propias que ese mercadillo de gritos aumentaba las audiencias y que, por tanto, era conveniente seguir por ese camino. El dichoso *share*.

Por mi parte, recibí una felicitación personal cuando, hablando de uno de tantos políticos corruptos, endilgué con entonación abaritonada y con mucha retranca esta pequeña fábula y moraleja, muy apropiada al caso que tratábamos:

*En agua de Colonia  
bañaba a su marrano doña Antonia  
con empeño ya tal, que daba en terco;  
pero a pesar de afán tan obstinado,  
no consiguió jamás verle aseado,  
y el marrano en cuestión fue siempre puercu.*

*Es luchar contra el sino  
con que vienen al mundo ciertas gentes,  
querer hacerlas pulcra y decentes:  
el que nace lechón, muere cochino.*

[*El lavatorio del cerdo*. Miguel Agustín Príncipe  
(1811-1866)]

Por suerte no hubo demanda judicial por parte del “*presunto cochino*”. (En Dirección, así se trataba del mayor criminal, nos recomendaron decir siempre *presunto*.)

Para los siguientes programas me indicaron que podía ir seleccionando variopintas citas literarias de estilo desenfadado para soltarlas en los momentos oportunos. Buscaban darle el barniz cultural del que carecía el programa. Resultó tarea fácil y gratificante para un lector experimentado; soy de los que creen que gran parte de los insultos, escarnios y exabruptos dedicados a los personajes más eminentes y famosos se pueden espigar entre los textos de los grandes clásicos, con don Francisco de Quevedo a la cabeza. Es cuestión de memorizarlos o llevarlos en una chuleta mínima y pronunciarlos claramente, sin gritos, como un académico.

Todo me iba bien. Además cobraba unos euritos muy ricos. Hasta que empezaron los problemas.

¿Que qué me pasó? ¿Ustedes han visto al actor Colin Firth simular magistralmente la

tartamudez del rey inglés Jorge VI, aterrado por los micrófonos y la audiencia, contrayendo convulsamente todos los músculos de la fonación sin poder articular ni siquiera la primera palabra? El tartamudo “ve” la palabra en su mente o en el papel, pero echa en falta, o le sobra, el impulso, el arranque que le permite vocalizar la palabra tal cual es. Y si se pasa de vueltas, tabletea, siempre hincado en la palabra que pensaba pronunciar. Acabo de leer que a la tartamudez los profesionales le denominan ahora *disfluencia*. De nada.

En mi caso no fue exactamente así. Yo no tartamudeé. Yo no tenía disfluencia alguna. Además, en aquel programa yo estaba tranquilo, ya que hablábamos sobre los pueblos guipuzcoanos en fiestas. Un tema divertido y gratificante para cualquiera.

Me di cuenta de que algo no funcionaba en mi cabeza cuando quise pronunciar “Erretería” y esta única palabra no salió de mi boca. ¿Quizás por haber dicho siempre “Rentería” y no acertar con la reciente adaptación lingüística? ¡Qué va! Yo no “veía” la palabra, esa palabra. Mi mente quedó negra, como cuando uno entra en un cuarto oscuro y con mano vacilante busca a tientas el interruptor de la luz. Me sentí incapacitado para pronunciar el nombre de mi pueblo y salí del aprieto con el tan socorrido tópico de denominarla como “la conocida villa galletera”. Lo cual me supuso tener que soportar durante varios días frases de cachondeo, la recepción de varios mensajes y ciertos comentarios irónicos sobre el pasado siglo, ya pasado para todos menos para mí, y que las galletas a saber dónde las fabrican hoy. Había sufrido una de mis primeras afasias, una *laguna*.

A los pocos días, en otro de nuestros caca-reos diarios en que tocaba hablar de fútbol, quise destacar a mi equipo favorito que había ganado el partido del domingo y planté un: “El partido ha sido soberbiamente... ¡Soberbio!...”. ¡Joder! Me vi incapaz de pronunciar “jugado”; “¡ha sido soberbiamente jugado!”. Era cuanto quería decir. Para un día que ganamos. Pero la palabra apropiada se me quedó escondida en la oscuridad más impenetrable. Había sufrido otra laguna.

Como el resto de contertulios no aludió a los dos trances o patinazos, bastante tenían con sus rifirrafes y envidias, yo me confié. Pensé: «Aquí pones cara atenta, un gesto un tanto sarcástico de tío espabilado, y lo que digas o dejes de decir no interesa a nadie. Ya lo veo». Sin embargo, en el despacho de Dirección me

comentaron que habían recibido la llamada telefónica de un neurólogo televidente, avisando de que yo probablemente podría estar padeciendo afasias y lagunas de etiología cerebral, aunque en principio no parecieran de pronóstico grave. Y que convendría una revisión a fondo.

A pesar de este diagnóstico, y vista la fauna que se movía a mi alrededor, tomé mis propias medidas para seguir participando en los programas de tertulia y debate ya contratados. Para ello me aprovisioné de un paquete de adverbios de seguridad para poder soltarlos a voleo en los momentos críticos de afasia, de negrura mental. Multipliqué por ciento el arsenal de los evidentemente (¡el no va más!), básicamente, obviamente, normalmente, fundamentalmente, correctamente, presuntamente, verdaderamente, necesariamente. A cualquier adjetivo le calzaba su correspondiente «mente», y me las seguía dando de erudito. Gracias a esta técnica me mantuve bastantes semanas más con dignidad o, mejor dicho, dignamente.

Pero hasta los adverbios, también los socorridos adverbios, empezaron a desaparecer sumidos en la «laguna negra» de mi mente marchita. Y en esos días críticos fijé mi intención, mi fuerza, mis estímulos verbales en una sola palabra, la única que pronunciaba día y noche con fuerza y repetía sin fallar cuantas veces quisiera: «Vale». (No con el significado latino de «adiós, que te vaya bien», sino con el de «es válido» o «déjame en paz» que se usa y abusa en castellano).

A cuanta pregunta o cuestión me proponen... ¡contesto con el consabido *vale*! Mi postura terca, sorprendentemente, me ha producido consecuencias beneficiosas. La Dirección se ha fijado en mí como persona nada conflictiva, bizcochable, *vale* por aquí *vale* por allá, y hace pocos días me ha nombrado vocal para el Comité de la empresa multimedia. Con esta única palabra, *vale*, estoy viviendo los días más felices de mi vida. *Vale* y, a veces, en ambientes más distendidos y familiares, *pos vale*.

Dado mi cargo, mi ascenso, tengo en mi agenda una larga lista de candidatos, de peticionarios, que quisieran participar como tertulianos y andan buscando mi enchufe para entrar en antena. La fama es muy golosa.

El neurólogo no me puede recibir hasta el mes de octubre. No será urgente. Allá ellos.

Vale.